

EL BECERRO QUE ESTERCOLA: DE PALACIO VALDÉS A GALDÓS

Carmen Servén

Tanto la serie *Torquemada*, de Pérez Galdós (1889-1895), como *La espuma* (1890), de Palacio Valdés, destacan a un personaje salido de las filas del pueblo y encumbrado hasta la cúspide social: Francisco Torquemada y Antonio Salabert, respectivamente¹. En el curso de la narración, ambos son identificados con el becerro de oro, coincidencia que no puede considerarse casual puesto que en la construcción del personaje y en el tejido de las relaciones que éste mantiene con el entorno, los dos novelistas relatan elementos similares².

Torquemada y Salabert son amplios desarrollos novelescos de una figura reiterada en la narrativa de la época y que sin duda es reflejo de una realidad sociohistórica: el nuevo rico. En su caracterización, los dos autores incluyen ciertos rasgos que no les son privativos, puesto que algunos de ellos se presentan también en otras criaturas novelescas de la ficción narrativa española del último cuarto del siglo XIX; pero lo cierto es que, en el conjunto total de la figura, las similitudes resultan notorias. En ambos casos se trata de un personaje de humildísimo origen (PV, OC, II-192; PG, OC, II-1340)³, que posee sin embargo una extraordinaria habilidad en lo pecuniario (PV, OC, II-2125-17; PG, OC, II-1454). Una voracidad insaciable, la ferocidad más atroz y la suerte se combinan de

¹ Francisco Torquemada es protagonista indiscutible de la serie galdosiana; *La espuma* dibuja un protagonista colectivo: la clase dirigente (v. GUADALUPE GÓMEZ FERRER, *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1983, págs. 108 y ss.), pero toda ella aparece girando en la órbita de Antonio Salabert.

² En la biblioteca de Galdós figura un ejemplar de ARMANDO PALACIO VALDÉS, *La espuma*, Impr. Henrich y Cía., 1890 (v. Sebastián de la Nuez, *Biblioteca y Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós*, Gran Canaria, Eds. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, pág. 190). Además conviene advertir que se trata de la primera edición de la obra y que contiene una dedicatoria manuscrita del autor asturiano.

³ ARMANDO PALACIO VALDÉS, *La espuma. Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1970, vol. II. BENITO PÉREZ GALDÓS, *Las novelas de Torquemada, Obras completas. Novelas*, Madrid, Aguilar, 1990, vol. II.

modo que este individuo ha acumulado riquezas sin cuento por métodos nunca bien explicitados; sin embargo, se constata que entre sus actividades financieras figuran el préstamo y las contratas de tabacos (PV, OC, 217 y 217; PG, OC, II-1339 y 1478). El ascenso social ha sido tan vertiginoso, que en el sujeto perduran ciertos rasgos primitivos: la tosquedad nativa, la grosería de maneras y las dificultades de expresión (PV, OC, II-216; PG, OC, II, 1374 y ss.) son características resaltadas por los autores en estos personajes. Y como resultado de su propia experiencia, estos acaudalados individuos profesan el más fervoroso credo utilitario, y son, aunque inmensamente ricos, declarados avaros, que nunca consiguen darse por satisfechos con los logros obtenidos. Salabert se dedica al negocio «no tanto por interés como por impulso irresistible de su corazón» (PV, OC, II-217); a Torquemada, «su naturaleza exigía la preocupación continua del negocio y los infinitos trajines que trae consigo la misma ansiedad azarosa, la rabia de perder, la tristeza de ganar poco, el delirio de la ganancia pingüe» (PG, OC, II-1490). Y si éste último proclama «es preciso economizar. La economía es la religión del pobre» (PG, OC, II-1462), el primero, a decir de su propia hija, «es un hombre que no tiene más Dios ni más amor que el dinero» (PV, OC, II-337); ambos profesan, por tanto, la religión del dinero.

Los dos tacaños millonarios viven su madurez en un lujoso palacio, que sostienen con el fin de engordar los negocios (PG, OC, II-1491; PV, OC, II-219), pese a la dolorosa amargura con que afrontan ese gasto (PG, OC, II-1536-7; PV, OC, II-223). En su opulencia, ambos gozan del favor general: se verán ennoblecidos con un título⁴, y reconocidos como padres de la patria y próceres eminentes. Los dos son objeto de un acto de homenaje a lo largo del cual pronuncian un discurso; en él, los dos avaros glosan el trabajo y la honradez como fuente de sus riquezas; y en ambos pasajes novelescos, la actitud aprobatoria del auditorio queda consignada mediante breves paréntesis (PV, OC, II-333; PG, OC, II-1532 y ss.).

Salabert y Torquemada aparecen en el universo novelado como núcleos centrales de atracción social exclusivamente en virtud de sus riquezas. Sus más repugnantes o torpes hábitos son convertidos en graciosas excentricidades por los aduladores y sus posesiones inmensas constituyen un prisma capaz de dorar sus defectos ante los ojos ajenos; al recoger la encomiástica actitud que rodea a estos potentados, los autores advierten del espejismo que sufren quienes les aplauden: de modo que, junto al retrato del rudo millonario, se traza el dibujo de una sociedad fascinada por el brillo del oro. En el caso de Salabert, el narrador anota que su rudeza y en general sus deplorables modales, «contribuían no poco a su prestigio y al respeto idolátrico que en sociedad se le tributa-

⁴ Don Francisco Torquemada, con el marquesado de San Eloy en la serie Torquemada; Antonio Salabert es duque de Requena en *La espuma*.

ba» (PV, OC, II-192; v. también pp. 264 y 276). Y acerca de Torquemada, indica el narrador:

... de tal modo fascinaba a ciertas personas el brillo del oro, que casi por hombre extraordinario le tenían, y conceptos que en otra boca habrían sido gansadas, en la suya eran lindezas y donaires (PV, OC, II-1516).

Y en ambos casos, al denunciar la exagerada reverencia que la sociedad tributa a los dos millonarios, los autores recurren al «becerro de oro», motivo que ya ha sido destacado por Geraldine Scanlon⁵ como elemento clave para la interpretación de la serie Torquemada, pero que aparece antes, y con idéntico significado, en *La espuma*, de Palacio Valdés.

La identificación de Antonio Salabert con el becerro de oro se produce ya en la primera entrada del personaje: acude a la tertulia de la familia Calderón y todos los presentes lo reciben con especial atención y respeto. Como broche y síntesis de la escena, el narrador explica:

Representóse en la tertulia de Calderón la escena de los israelitas en el desierto que más se ha repetido en el mundo: la adoración del becerro de oro (PV, OC, II-192).

De nuevo en la voz del narrador, y de nuevo referida a una situación en que Salabert aparece rodeado de admiración incondicional, se repite más tarde su identificación con el becerro de oro:

El duque, rodeado siempre de un grupo de fieles, se dejaba atufar a golpes de incensario, soltando a largos intervalos algún gruñido espiritual que los electrizaba, les hacía prorrumpir en exclamaciones de alegría. Las señoras eran las que más se distinguían por su entusiasmo. El genio especulador de Salabert les infundía vértigos de asombro, como si se pusiesen a calcular cuántos vestidos podían comprarse con sus millones. (...) Sus chistes brutales, lo mismo caían sobre los hombres que sobre las señoras. Gozaba en la ostentación bárbara de su fuerza. Si aquellos sus devotos admiradores se dejaban humillar tan pacientemente no dándoles nada, ¿qué no sucedería si repartiase entre ellos sus millones, si el becerro de oro comenzase a vomitar monedas? (PV, OC, II-307).

Por su parte, en *Torquemada en el purgatorio*, don Francisco es equiparado al becerro de oro en boca de Rafael del Aguila, que con vistas a su próximo homenaje, le propone pronunciar un discurso en que se incluye lo siguiente:

Puesto que vosotros arrojáis a un lado la dignidad, yo arrojo la modestia, y os digo que me tengo bien merecido el culto de adulación que me tributáis a mí, reluciente becerro de oro. Vuestra idolatría me revolvería el estómago si no lo tuviera bien fortalecido contra todos los ascos posibles. ¿Qué celebráis en mí? ¿Las virtudes, el talento? No; las riquezas, que son,

⁵ GERALDINE M. SCANLON, «Torquemada: "Becerro de oro"», *Modern Language Notes*, vol. 91, núm. 2, 1976, págs. 265-276.

en esta edad triste, la suprema virtud y la sabiduría por excelencia (PG, OC, II-1525).

Es notorio que se trata de una situación paralela a las que cimentaban la equiparación Salabert/becerro en *La espuma*: don Francisco va a recibir un homenaje colectivo y podría explicar la exagerada reverencia que le profesan equiparándose al ídolo de una falsa religión: la del dinero. La equiparación Torquemada-becerro de oro se mantiene poco más adelante de nuevo en boca de Rafael: «Yo, que fui el mayor enemigo del becerro, ahora le pido hospitalidad en su sacristía...» (PG, OC, II-1526).

En la obra galdosiana, el desarrollo de la identificación entre el nuevo rico y el becerro de oro es anterior a *Torquemada en el purgatorio*; ya en *La loca de la casa* (1892)⁶ aparece esa comparación en boca de distintos personajes, en distintas escenas de la obra, y siempre con el mismo valor de referencia a una exagerada atención hacia el rico Cruz o su dinero. En el acto primero, escena V, la tía Eulalia alude a «Estos hombres descreídos, metalizados, idólatras del becerro de oro...» (PG, OC, III-429); el agente Huguet adopta la metáfora irónicamente y explica sobre las consideraciones pecuniarias:

—Eso se deja para nosotros, los adoradores del becerrito. Estas señoras, cristianas bien curtidas, conservan sus almas en vinagre, o sea en el desprecio de las riquezas (PG, OC, III-431).

De nuevo, en el acto tercero, escena VII, Eulalia pide a su hermano que se aleje del rico Cruz:

—Hermano querido, no adores más al infame becerro (PG, OC, III-460).

La utilización sistemática de la metáfora del becerro se produce, por tanto, en la obra de Galdós con anterioridad a su explotación en *Torquemada en el purgatorio*. Y precisamente, con el mismo valor significativo que en este relato —un feroz nuevo rico es objeto de idolátrica reverencia social— la hemos hallado en la novelística de Palacio Valdés.

Ninguno de los dos inaugura sin embargo la explotación novelesca de la expresión «becerro de oro»⁷ en relación con la adoración de la riqueza: esa metáfora se reitera en la obra de Pilar Sinués titulada precisamente *El becerro de oro* (1875)⁸. En ella, la fascinación ejercida por la riqueza

⁶ ROBERT RICARD, *Aspects de Galdós*, París, Presses Universitaires de France, 1963, pág. 62, señala la separación cronológica habida entre *Torquemada en la hoguera* (1889) y el resto de la serie, que aparece entre 1893 y 1895; además observa que entre la primera y segunda novelas del ciclo, Galdós publicó *Realidad* (1889), *Angel Guerra* (1890-91), *Tristana* (1892) y *La loca de la casa* (1892). JOAQUÍN CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós*, Madrid, Gredos, 1974, 4.ª ed., págs. 114-15, hace hincapié en las diferencias existentes entre la primera novela y el resto de la serie.

⁷ La utilización popular de esa expresión para referirse a la riqueza viene atestigüada por MARÍA MOLINER, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1986, que, bajo la entrada «becerro», recoge: «El becerro de oro (fig.) Las riquezas».

⁸ Se trata de una novelista moralizante en que una de las dos jóvenes protagonis-

za, la adoración al becerro de oro, se liga al conflicto central, pero no aparece personaje alguno como encarnación de ese becerro de oro ni como objeto de idolatría colectiva.

Así, a principios de la década de los noventa, Palacio Valdés y Galdós coinciden no sólo en su crítica a la idolatría del dinero, sino además en la construcción de una figura novelesca que encarna al becerro de oro: Antonio Salabert (1890) y Francisco Torquemada (1894: *Torquemada en el purgatorio*).

Pese a las evidentes semejanzas entre la construcción de Salabert y la de Torquemada, también hay diferencias notorias. Palacio Valdés presenta a Salabert como figura repugnante sin paliativos: escupiendo en la alfombra ajena para fastidiar (PV, OC; II-192), escamoteando la herencia a su propia hija (Cap. VII), soliviantando el ánimo de su mujer agonizante (Cap. VII), envileciéndose en el vicio de la lujuria (PV, OC, II-223)... y hasta incapaz de idear sus propias maniobras financieras (PV, OC, II-215-7), de lo cual resulta que su enriquecimiento es en realidad producto de las iniciativas de otros. Salabert, el riquísimo avaro, es de una maldad sin fisuras y de una grosería contumaz; no hay en él asomo de duda, ni afecto ninguno; no hay asomo de conciencia moral (PV, OC, II-216). El lector ha de suponer que se enfrenta a un personaje bestial. Le ha sido negado todo rasgo capaz de humanizar su retrato.

Torquemada, al igual que Salabert y otros avaros literarios, es también mezquino de espíritu y de físico poco atractivo⁹; de hábitos no limpios en lo doméstico e incapaz de dejar escapar un real que pase por delante; pero su prurito utilitarista, su completa entrega al afán de lucro, su absoluta alienación, lo convierten en un personaje atormentado y patético, que despierta la compasión del lector¹⁰. Torquemada aparece como víctima de sí mismo, y como resumen y caricatura de toda una época. su vocabulario y expectativas recogen los lugares comunes, los tópicos vigentes, revelando simultáneamente la degradación de valores que padece la sociedad de su tiempo. En esta figura, Galdós no se ha limitado a mostrar los rasgos repelentes y ridículos visibles desde el exterior; ha ido más lejos que Palacio Valdés, y sin detenerse en lo meramente aparente, ha señalado las grandes contradicciones sociales que convierten la vida de Torquemada en un largo tormento íntimo. Torquemada, tras

tas pierde la virtud a causa de su insensata afición a la riqueza, mientras que la otra, laboriosa y resignada, logra bienestar y feliz matrimonio. He hallado las reiteradas alusiones al becerro de oro en PILAR SINUÉS, *El becerro de oro*, Madrid, Victoriano Suárez, 1910, págs. 170, 173 y 184.

⁹ Características habituales en el usurero de ficción y que responden a la memoria literaria común. V. al respecto P. MANUEL SUÁREZ, «Torquemada y Gobseck», *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980.

¹⁰ ARTHUR L. OWEN, «The Torquemada of Galdós», *Hispania*, 7, 1924, págs. 165-170, y RICARDO GULLÓN, *Psicologías del autor y lógicas del personaje*, Madrid, Taurus, 1979, cap. IV, han destacado los aspectos que en la caracterización de Torquemada contribuyen a humanizar la figura y aproximarla al lector.

una larga y penosa evolución, de la que el autor consigue dar cuenta con enorme sutileza, muere frente al lector, que puede suponerlo condenado o no; Salabert, cuya antipatía impasible no se ha alterado a lo largo de toda la novela, como consecuencia de una desgraciada convergencia de sucesos —muerte de la esposa, revés económico, desafecto de la hija, rebelión de la amante—, sufre una conmoción repentina y sus facultades mentales quedan reducidas a las de una bestia. *La espuma* se cierra mostrando al antes glorioso Salabert en su definitiva condena: sometido al capricho de los criados, que lo injurian y apalean. Palacio Valdés antepone su intención de condena moral a cualquier otra consideración, y nos permite ver, sólo desde fuera, a una figura monobloque y repelente ¹¹.

Junto a la crítica social de la oligarquía madrileña y a la denuncia de la idolatría del dinero, tanto en la serie *Torquemada* como en *La espuma* se recoge otro de los temas generalizados entre los novelistas de la Restauración ¹²: la decadencia de la familia aristocrática. En la serie *Torquemada*, la profunda miseria al bárbaro usurero para sobrevivir, muestran esa decadencia; en *La espuma*, los vicios y corrupción de la vieja aristocracia se encarnan en varios personajes, y particularmente en Pepe Castro, ocioso, soberbio, arruinado por el juego, los caballos y los amores mercenarios, y sostenido económicamente por su amante.

En ambas novelas, estos ejemplares de la decadencia aristocrática rehacen su situación económica por el procedimiento de aliarse con la nueva élite del dinero: Fidela del Aguila saca a su familia de la miseria casándose con el enriquecido *Torquemada*; Pepe Castro lo hará atrapado a la heredera de un nuevo rico: Esperancita Calderón. Y en ambas novelas, la alianza entre la nobleza decadente y la nueva riqueza es aludida con la expresión «tomar estiércol» o «estercolar».

En *La espuma*, Pepe Castro intenta recabar ayuda de su reaccionaria y noble tía, la marquesa de Alcudia, para acceder a un matrimonio que lo sacará de la penuria. Halagando los prejuicios de clase de la aristocrática señora, denomina «tomar estiércol» (PV, OC, II-185) al hecho de contraer matrimonio con una linda y riquísima millonaria, una niña sin títulos pero capaz de alejar el fantasma de la ruina.

En *Torquemada en la cruz* (1893), el usurero *Torquemada* piensa: «La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir si no lo *abonaba* (en el sentido de *estercolar*) el pueblo enriquecido» (PG, OC, II-1404). En *Torquemada en el purgatorio* (1894), aludiendo a su propia boda con

¹¹ La benevolencia cordial de Palacio Valdés hacia sus figuras novelescas se convirtió en un tópico crítico: véase por ejemplo el artículo de ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO, «El patriarca de la novela española. Don Armando Palacio Valdés», *Nuestro tiempo*, núm. 307, agosto, 1924, págs. 149-165. Sin embargo, A. PSEUX-RICHARD, «Armando Palacio Valdés», *Revue Hispanique*, XLII, 1918, pág. 387, ya destacaba el tono excepcionalmente ácido de *La espuma*.

¹² Según han mostrado NARCISO ALONSO CORTÉS, «De *La Montálvez*», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1933, XV, págs. 51-8, y HERIBERTO DEL PORTO, *La decadencia de la familia aristocrática en la novela española moderna*, Ann Arbor, U.M.I., 1985.

una aristócrata, comenta el miserable avaro protagonista: «No sé quién dijo que la nobleza esquilmada busca el estiércol plebeyo para fecundarse y poder vivir un poquito más» (PG, OC, II-1543).

La identificación estiércol-dinero y precisamente con referencia a una situación parecida —un individuo de la nobleza casa con un adinerado plebeyo— se produce primero en *La espuma* (1890), de Palacio Valdés; y se repite después en la obra de Galdós. Pero lo cierto es que cinco años antes, en *Lo prohibido*, el propio Galdós había sugerido ya la capacidad fertilizante del dinero¹⁵: José María se complace en la elegancia de Eloísa como en cosa propia, porque piensa que la había «fertilizado con mi dinero» (PG, OC, II-268).

Así, la trayectoria literaria del estiércol, como la del becerro de oro, parece larga y compleja, y contribuye a emparentar la serie *Torquemada* con *La espuma*. Pero en la serie *Torquemada*, Galdós ha tenido el acierto de combinar la metáfora del estiércol con la del becerro en la figura del protagonista: don Francisco es así el becerro (encarnación de la nueva religión del dinero) que estercola (revitaliza la nobleza). Galdós recoge y anuda dos hilos fundamentales en el entramado socio-histórico de la Restauración: el ascenso de la burguesía hasta la cúspide y el injerto vieja nobleza/nueva riqueza. En el discurso que Rafael del Aguila propone a Torquemada, le conmina a decir:

Y mientras vosotros me aclamáis con delirio, yo mugiré, repito que soy becerro, y después de felicitarme de vuestro servilismo, viéndoos agrupados debajo de mí, me abriré de las cuatro patas y os agraciare con una evacuación copiosa, en el bien entendido de que mi estiércol es efectivo metálico. Yo «depongo» monedas de cinco duros y aun billetes de banco, cuando con esfuerzo de mi vientre quiero obsequiar a mis admiradores. Y vosotros os atropelláis para cogerlo; vosotros recogéis este maná precioso; vosotros...

Si bien Galdós entreteje y estructura los elementos comunes con una peculiar coherencia, las coincidencias entre sus novelas de *Torquemada* y *La espuma*, de Palacio Valdés, son notorias y contribuyen a esclarecer las relaciones literarias establecidas por ambos autores.

¹⁵ Nótese, sin embargo, que la identificación entre el dinero (oro) y la inmundicia (estiércol) es común «en todos aquellos casos en que dominan o perduran las formas arcaicas del pensamiento, en las civilizaciones antiguas, los mitos, las fábulas, la superstición, el pensamiento inconsciente, el sueño y la neurosis», así como en el folklore y las antiguas leyendas (SIGMUND FREUD, «El carácter y el erotismo anal» (1908), en *Obras Completas*, XIII, *Psicología de la vida erótica*, Buenos Aires, Santiago Rueda ed., 1953, pág. 123). Por tanto, a la hora de valorar las relaciones habidas entre dos obras literarias concretas es conveniente recordar que la asociación genérica estiércol/dinero se halla honda y ampliamente arraigada en el patrimonio cultura colectivo.

